

cipes, los barones, deben velar para que los culpables sean castigados; y si desdennan cumplir ese deber, el entredicho caerá sobre sus tierras (1). El poder civil prestó su apoyo á la Iglesia; y contra los violadores de la *Tregua* se decretó la confiscación, el destierro, las penas temporales y aún la muerte (2). Se prometieron indulgencias á los que tomasen las armas contra los culpables, y los concilios dieron seguros de vida eterna á los que sucumbieran en defensa de tan santa causa (3). Se trató de inculcar sobre las generaciones venideras, puesto que se pensó imponer á los niños, desde la edad de siete años, un juramento solemne que les comprometiese á la observancia de la paz, bajo la terrible sancion de las penas eternas (4). ¡Vanos esfuerzos! Los concilios mismos se quejan de su impotencia (5), y los hechos la demuestran bien claramente. La Iglesia se ocupó sin descanso, durante todo el siglo XI, en el establecimiento de la *Tregua*; que se abran las crónicas del siguiente siglo, y se verá qué mal era observada aquélla: los barones añadieron un crimen más á los de sus latrocinios, la violación del juramento que habían prestado de guardar la paz: "Los obispos, dice *Orderico Vital*, dieron reglamentos muy útiles, pero quedaron sin ejecutar por la oposicion de los grandes," (6). "Ni la paz de Dios, añade el *abad de Ursperg*, ni las otras convenciones fueron observadas, por más que estuviesen confirmadas con juramentos." Segun un historiador del tiempo de Felipe Augusto, las rapiñas y devastaciones eran tan generales, que no había hombre que no fuese perjuro (7).

Anatemas de la Iglesia, penas civiles, juramentos, todas las garantías posibles eran ineficaces, porque el estado social se apoyaba en la guerra.

rible decreto de Urbano II contra los excomulgados (MANSI, xx, 887).

(1) *Carta del legato Guiller.º*, en MANSI, xx, 888.
(2) *Henrici IV Imperatoris Constitutio Pacis Dei*, 1385 (PERTZ, *Legg.*, II, 56, 58).

(3) "Si in vera penitentia in hoc Dei servitio decesserint, auctoritate Dei et domini, et Ecclesie universalis, omnium peccatorum suorum indulgentiam et fructum mercedis aeternae se non dubitent habituros." GUILIELMI legati apostolici litterae (MANSI, xx, 888).

(4) *IBID.*—El concilio de Rouen de 1095 prescribe el juramento desde la edad de doce años (cánon 3, MANSI, xx, 923).

(5) *Concil. Narbonense*, 1044, c. 2: "Iterum mandamus atque confirmamus ipsam Tregam Dei quae a nobis dudum constituta fuerat, et nunc a pravis hominibus disrupta esse videtur, ut firmiter deinceps ab omnibus teneatur" (BOUQUET, XI, 515).

(6) ORDERIC VITAL, *Histor. Eccl.*, IX, p. 722 (edic. Duchesne).

(7) Véanse las pruebas en DATT, *de pace publica*, I, 2, 34-37.

La guerra era una necesidad, una pasión; oigamos una canción del trovador guerrero *Beltran de Born*, que nos dirá el caso que hacían los barones de las prohibiciones de la Iglesia: "La paz no me conviene, la guerra sólo me agrada. ¿Qué tengo yo que ver con el lunes ni con el martes? Las semanas, los meses, los años, todo me es igual. Todo el tiempo es bueno para ofender al que me ofende," (1). La *Tregua de Dios* resultó una utopía, como la *Paz de Dios*. No había más que un remedio eficaz para el mal, el de una justicia social que reemplazase á la justicia individual; pero la justicia social supone un Estado fuertemente constituido, y en la Edad Media no existía el Estado, el cual se ha ido formando en la lucha contra el feudalismo. Las ciudades, asiento de las artes pacíficas, iniciaron la reacción contra la guerra permanente que amenazaba á cada instante su comercio y su industria. Desde los primeros años del siglo XI, se ven ya ciudades prometiéndose la observancia de una paz completa, renunciando á hacerse justicia por medio del pillaje y ofreciendo ventilar sus diferencias pacíficamente ante el conde y el obispo (2). La paz fué un objeto principal de las cartas otorgadas á los municipios ó conquistadas por ellos (3); y la paz de los municipios llegó á ser la paz general, es decir, el reinado de la justicia y del derecho. Pero la religión ha tenido una gran parte en ese movimiento. ¿No es ella la primera que pronunció el nombre de paz en medio del desencadenamiento de la violencia? ¿No es ella la que, en una edad en que reinaba el derecho del más fuerte, abrió un asilo en sus tribunales á la justicia y al derecho?

SECCION 3.º

EL CABALLERISMO.

§ I.—Apreciación del caballerismo.

La feudalidad era el reinado de las fuerzas individuales. La justicia social es demasiado débil para contener á hombres cuyo espíritu de indepen-

(1) VILLEMMAIN, *Literatura francesa de la Edad Media*, lec. III.

(2) Convención de los burgueses de Amiens y de Corbia, que SISMONTI fija en el año 1021 (*Hist. de los Franceses*, I, IV, p. 174).

(3) Muchas cartas se llaman *Estatutos de paz* (THIBERTY, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, c. IV y V).

dencia se subleva contra toda autoridad; y entonces cada cual se hace justicia por su mano. Pero ese derecho implica el abuso de la fuerza, el pillaje y toda clase de desmanes. La religión interviene para imponer orden y paz, pero se frustran sus deseos; apenas consigue suspender durante algunos días la efusión de sangre, el latrocinio y la devastación. Un mal social no puede encontrar remedio más que en la misma sociedad. Es imposible que el derecho del más fuerte reine mucho tiempo de una manera absoluta: eso sería la disolución y la muerte. Hay en los pueblos, como en los individuos, un instinto de conservación que les lleva á contrariar las causas de destrucción: esto aconteció con el feudalismo. Del seno de la barbarie surgió una institución que tuvo por ideal, no el destruir el poder del individuo, sino el reglarle y humanizarle; tal fié la caballería.

Es difícil apreciar el papel que esta institución desempeñó en la historia; la poesía se apoderó inmediatamente de ella, y los efectos de la imaginación han echado tan fuertes raíces en los ánimos, que durante mucho tiempo aquéllos se han confundido con la realidad. De ahí un doble escollo para los historiadores. Unos, aceptando las tradiciones poéticas de la Edad Media, celebran la caballería como un ideal de lealtad, de generosidad y de galantería, y miran con desden nuestras costumbres prosaicas, nuestro espíritu de cálculo y lo que llaman corrupción de las costumbres caballerescas. Esa opinión es la de aquellos que echan de menos lo pasado y que maldicen de la civilización actual. ¿Qué contestan á eso los hombres del porvenir? "La caballería no ha tenido nunca existencia real; si hubiese algo de verdad en la época caballerescas, la humanidad habría degenerado profundamente; pero esto no es cierto, porque el progreso es ley. La caballería, como tipo de perfección, es del dominio de la poesía; la historia no la conoce," (1).

Muchas veces hemos dicho que la Edad Media no es nuestro ideal; que nosotros creemos en la ley del progreso, y el objeto de nuestro trabajo no es otro que el de presentar á la vista el desarrollo progresivo de la humanidad. Para que esta doctrina sea aceptada por la conciencia general, es preciso que se apoye en los hechos y que no haga que

(1) *Nueva Enciclopedia*, en la palabra *Caballería*.—SISMONTI, *Hist. de los Franceses*, Prefacio.

éstos se pleguen á sus conceptos. Rechazar sistemáticamente todo lo que en la historia puede contrariar el dogma de la perfectibilidad humana, sería tanto como confesar la falsedad de esta creencia. No; ella es la expresión de la verdad, sólo que algunas veces la verdad se nos oculta, y los hechos parece que acreditan un movimiento de retroceso. ¿Es eso razón para desesperar y acogerse á la fatalidad ó á yo no sé qué ley ciega que condena á los hombres á girar eternamente en el mismo círculo de errores y de faltas? Lo que nos engaña es la impresión del momento. Hay épocas de reacción y de desaliento durante las cuales la humanidad ofrece un triste espectáculo; y los más creyentes y los más firmes se ven inclinados á echar de menos un pasado que el enojo de lo presente embellece. Pero las nubes que oscurecían el sol se disipan, y se encuentra que el astro radiante no ha dejado de andar, sino que ha continuado su carrera en medio de los vapores que le ocultaban á nuestros ojos. Así sucede con la marcha del género humano; avanza siempre, por más que algunas veces parezca que se detiene ó que retrocede. Para juzgar el pasado conviene estudiarle sin la preocupación y sin el disgusto de lo presente. Comparemos la Edad Media á la antigüedad; el progreso se patentizará, á pesar de la aparente barbarie del feudalismo. Y si penetramos después en la intimidad de los tiempos feudales, percibirémos que no es allí donde debemos buscar nuestro ideal, y que, á pesar de lo que tiene de imperfecto nuestro estado social, podemos envanecernos de nuestra civilización, áun enfrente del caballerismo.

§ II.—La orden de caballería y la edad heroica.

La orden de caballería es la edad heroica de los tiempos modernos. Los héroes de los antiguos tiempos civilizaban el mundo exterminando monstruos y derrocando tiranos; los caballeros defendían á los débiles y humanizaban los combates por medio de la lealtad y la cortesanía. En los recuerdos de los siglos heroicos, como en los de la Edad Media, existe un elemento del cual se ha apoderado la poesía. El ideal poético da la medida de una civilización tan bien como la realidad; y bajo este punto de vista, se puede comparar la caballería feudal al heroísmo antiguo. Lo que domina en los hé-

roes de la Grecia es el valor físico; la lucha era un combate material contra la naturaleza, y exigía hombres de fuerza; eso es lo que hace la grandeza de los héroes de Homero, pero es también el principio de sus defectos: no hay ningún elemento moral en su valor. Aquel que lucha con la naturaleza no tiene vergüenza de ser vencido. Tampoco los héroes de Homero se ruborizan de huir ante un enemigo más fuerte: Ajax huye de Héctor, Héctor huye de Aquiles. El sentimiento del honor les falta; de ahí aquellas groseras injurias que se dirigen los príncipes del pueblo en la epopeya homérica. La humanidad y la lealtad son también cualidades desconocidas para ellos; para convencerse de esto, basta seguir un instante a los héroes de la Iliada en las hazañas contadas por el poeta inmortal.

Diomedes y Ulises avanzan a través de las tinieblas de la noche para penetrar en el campo de los Troyanos; encuentran un guerrero enemigo, y el hijo de Tideo le detiene y le amenaza con la muerte. Dolon, tembloroso, implora la vida, prometiendo un rico rescate a los héroes griegos. Ulises le tranquiliza, diciéndole "que aleje de su ánimo el pensamiento de la muerte, y que refiera con franqueza lo que pasa en el campo de los Troyanos." El desdichado Dolon les descubre todos los secretos de los defensores de Troya, creyendo evitar la muerte a ese precio; pero los héroes de Homero son tan perversos como bárbaros. Diomedes traspasa al Troyano en el momento en que éste iba a dirigirles un último ruego. Ulises le despoja y consagra sus armas a Minerva (1). ¿Qué hay que admirar más en ese episodio, la perfidia y la crueldad, ó la invocación sacrilega de la divinidad para consagrar una acción punible?

Héctor sucumbe a manos del invencible Aquiles, después de pedir al vencedor que entregue su cuerpo a su padre para que los Troyanos le rindan los últimos honores. La respuesta de Aquiles es digna de un salvaje: "¡Miserable! deja de suplicarme; ¡ojalá tuviera yo la fuerza y el valor de devorar tu carne palpitante en venganza de los males que nos has causado! No, jamás persona alguna apartará de tu cabeza los perros crueles; no, aunque los tuyos me ofreciesen diez y veinte veces el precio de tu rescate, aunque me prometiesen nuevas riquezas; aun cuando Priamo quisiese res-

(1) *Iliada*, x.

catarte a peso de oro, no, no llorará tu madre sobre el lecho fúnebre a aquel que ella dió a luz; los perros y los buitres te devorarán por completo." (1).

Los hombres que no estiman más que la fuerza física y que insultan a los vencidos deben despreciar a los débiles. Las mujeres son esclavas. Júpiter maltrata a Juno, y amenaza darla de golpes: "¿No te acuerdas ya, la dice, del día en que te suspendí en los aires con dos yunques a tus pies y las manos atadas con una cadena de oro?" (2). Las mujeres no son ya más que un instrumento de placer. Agamenon declara brutalmente que ama tanto a Briseis como a su esposa. Los sentimientos de las mujeres están a la altura de su condición. Helena, robada por causa de su belleza, no sabe si prefiere a Menelao ó a París; y Andrómaca sufre sucesivamente el yugo y el himeneo de muchos vencedores.

Hé ahí el heroísmo antiguo. Los caballeros son también hombres de fuerza; el hierro que los cubre es el símbolo de su existencia; pero un elemento moral viene a transformar y ennoblecer el valor físico, el punto de honor, sentimiento desconocido de los antiguos. Veamos la *Cancion de Roldan*, del trovador *Turold* (3). Carlo-Magno, engañado por el pérfido Ganelon, deja a España, entregando el mando de su retaguardia a Roldan; y así que el emperador ha pasado los Pirineos, los Árabes reúnen sus fuerzas para caer sobre los veinte mil Franceses que aquél había dejado en Roncesvalles. El ruido de los preparativos penetra hasta en el campo cristiano. Oliveros, compañero de Roldan, se inquieta y le dice: "He visto a los infieles; ningún hombre ha visto más sobre la tierra... Tendréis una batalla como ha habido ninguna. Señores barones, por Dios, tened valor." Los Franceses contestaron: "¡Ay de aquel que huya! Para morir no os faltará uno solo."—"Los infieles vienen en gran número, dice Oliveros, y me parece que de nuestros Franceses hay muy pocos; compañero Roldan, tocad vuestro cuerno; Carlos lo oír y volverá con su ejército." Roldan responde: "Cometería la acción de un cobarde y perdería toda mi gloria en la hermosa Francia. Pronto voy a des-

(1) *Iliada*, xxii, 341 y sig., traduc. de DUGAS MONTBEL.

(2) *Iliada*, xv, 16 y siguientes.

(3) Citamos la traducción de DELÉCLUZE, en su obra sobre la *Caballería*, t. II.

cargar golpes terribles con Durandarte; mal aconsejados están esos infieles desleales, porque os aseguro que están todos destinados a morir."—"Compañero Roldan, haced sonar vuestro Olifante, repite Oliveros, Carlo-Magno lo oír y vendrá a nuestro socorro y al de toda su nobleza."—"¡Gran Dios! dice Roldan, ¿será que la hermosa Francia esté próxima a ser humillada? Antes de eso, yo haré buen uso de Durandarte, mi buena espada."—"Compañero Roldan, tocad vuestro Olifante, volvió a decir Oliveros, Carlo-Magno lo oír y os aseguro que todos los Franceses retrocederán."—"Por Dios, responde Roldan, no me conviene que se diga por hombre vivo que yo he tocado mi cuerno por temor a los infieles. No se hará a mis descendientes semejante reproche. Cuando esté en medio de la batalla daré mil setecientos golpes, y el acero de Durandarte, ya lo veréis, quedará bien ensangrentado. Los Franceses son bravos y se portan como buenos vasallos."—Oliveros dice: "Yo no quisiera que se me censurase; pero he visto a los Sarracenos; las montañas, los valles, las llanuras y las laderas están cubiertas de ellos; el ejército de esos extranjeros es innumerable, y nosotros tenemos muy poca gente."—"Tanto más grande es mi ardor, responde Roldan. No permita Dios ni sus ángeles que la Francia pierda por mí su valor. *¡Más vale morir que la vergüenza me venga!*"

Más vale morir que la vergüenza me venga. Esta es la divisa de la caballería y la regla de los Templarios, los cuales debían aceptar siempre el combate, aunque fuese de uno contra tres; no dar jamás cuartel, no oponer rescate, ni dar un paño de muralla, ni una pulgada de tierra. Nos encontramos en un nuevo orden de ideas y de sentimientos. Ulises no hubiera sido un héroe en la Edad Media; en ésta el caballero desdeña la astucia y tiene por ley esta admirable máxima de valor moral: "Haz lo que debes, suceda lo que quiera." (1). La lealtad es su primer deber (2); los débiles no son ya un objeto de desprecio, sino de protección (3), y el culto

(1) *La Orden de la Caballería*, vers. 474, en MÉON, *Romances*, tomo I, p. 77.

(2) *La Orden de la Caballería*, vers. 270-273.

•Que no jure en falso
•Ni esté en lugar donde haya traición;
•Y si no puede evitar el mal.
•Que se retire del lugar.

(3) "A señora ni a señorita—le debe rehusar el consejo y auxilio,—si de ellos han menester,—ayudarias debe con todo su

de la mujer da a la debilidad el dominio sobre la fuerza. Todo lo que hace un caballero por su dama es deber, obligación, justicia; todo lo que hace una dama por su caballero es gracia, favor, condescendencia (1). El respeto a la debilidad inspira humanidad: la victoria extingue el odio, y el vencedor honra al vencido. Eduardo III, el héroe inglés, es un sér ideal comparado con Aquiles. Hay que leer en *Froissart* los rudos golpes que se dieron el rey de Inglaterra y un caballero francés; dos veces cayó el rey, dos veces se levantó y obligó por fin a rendirse a su terrible adversario. Cuando, después del combate, Eduardo visitó a sus prisioneros, dijo a Messire Eustaquio de Ribaumont: "Sois el caballero del mundo que hasta aquí he visto acometer más valientemente a sus enemigos; ni yo he asistido a batalla en que cuerpo a cuerpo haya tenido que hacer nunca tanto como hoy: os doy la preeminencia sobre todos los caballeros de mi corte en buen derecho." Después tomó el rey su sombrero (2), que tenía sobre la cabeza (que era bueno y rico), lo puso sobre la cabeza de Monseñor Eustaquio y le dijo: "Os doy este sombrero a título del mejor combatiente de la jornada entre los de fuera y los de dentro, y os ruego que lo lleveis este año en mi nombre. Estais libre, y podeis marcharos mañana si os acomoda." (3).

§ III.—Elementos de la caballería.—Costumbres germánicas y cristianismo.

El heroísmo y la caballería son la expresión ideal de la antigüedad y de la Edad Media. La antigüedad es un período de desarrollo material; le falta el alma, y con ella el sentimiento que llamamos humanidad, porque es la flor de las virtudes humanas. Los Germanos y el cristianismo nos han dado lo que faltaba a los antiguos. Se ha creído que la institución de la caballería tenía su origen en el Oriente, en la Arabia y la Persia (4). Verdad

poder—si quiere tener premio y alabanza,—porque debe honrar a las mujeres—y soportar por ellas grandes trabajos."

(1) FAUREL, *de la Caballería*, en su *Hist. de la poesía provenzal*, t. I, p. 513.

(2) Pequeño sombrero.

(3) FROISSART, *Crónica*, a. 1347, P. I, c. CCXXXIX.

(4) CHATBAURIAND, *Estudios históricos*: "La caballería ha nacido de la mezcla de las naciones árabes y de los pueblos septentrionales... El carácter de la caballería se formó entre nosotros de la naturaleza sentimental y fiel del Teuton y de la naturaleza galante y maravillosa del Árabe... Conservó el sello de los dos climas que la vieron nacer: tuvo lo vago y fantástico del cielo encapotado de los Escandinavos, la brillantez y el ardor del cielo puro del Árabe."

es que entre los Árabes y los Persas se encuentran algunos rasgos que recuerdan nuestra caballería, torneos, combates singulares, mujeres guerreras (1); pero en vano se buscaría entre ellos lo que caracteriza la caballería y la civilización europeas: el punto de honor y el culto de la mujer. Estos sentimientos están en germen en las costumbres germánicas; el espíritu caballeresco no es más que la exaltación del individualismo que constituye la esencia del Germano. De ahí una confianza excesiva en sus fuerzas, un indomable orgullo: ese es el mal aspecto de los hombres del Norte y de los caballeros; pero también se mezcla á él el desprecio de la astucia y de la mala fe y el instinto de la protección á los débiles: es una mezcla de honor, de barbarie y de delicadeza. El Germano se mataba cuando había perdido su escudo, y prefería, como el caballero, la muerte á la deshonra. Los piratas escandinavos, cuando encontraban un enemigo inferior en fuerzas, renunciaban á su ventaja, y no querían combatir más que con igual número de bajeles. Tácito elogia la buena fe de los Germanos al ver que en los juegos de azar, á que se entregaban con delirio, eran fieles á su palabra hasta el punto de hacerse esclavos voluntarios del ganancioso. ¿No es ya eso el punto de honor de la caballería y de las costumbres modernas? Bien sabido es el respeto casi supersticioso que tenían los Germanos á la mujer. Las heroínas del Norte no se dejaban endosar de un vencedor á otro como si fuesen parte del botín. Brunequilda lucha con un rey que se le ha dado por esposo y que ella juzga indigno de su amor; le vence y le ata; después se quema sobre el cuerpo de Sigur, á quien ha amado con pasión y con pureza. Las mujeres cimbras se matan cuando los Romanos les niegan el sacerdocio. Los guerreros del Norte no tratan á las mujeres como esclavas; su amor es respetuoso. Segifredo, el héroe de los Nibelungen, abandona su reino para ir á pedir la mano de Chriemilda, hermana del rey Guntero, y no se atreve á considerarse digno de ella sino después de dos meses de proezas y de servicios hechos á su hermano; durante esos dos meses, sus hazañas solas hablan de su amor (2).

(1) DELÉCLUZE (*de la Caballería*, t. I, p. 146, 156) ha desarrollado este asunto. FAURIEL dice que no hay lugar á dudar que la caballería religiosa de los Árabes suministró la idea y el modelo á la de los cristianos (*Historia de la poesía provenzal*, tomo III, c. XL).

(2) Los mismos sentimientos se encuentran en los sagas, le-

Esos sentimientos no eran más que la expresión poética de la realidad. En las leyes bárbaras, la mujer gozaba de una protección más grande que el hombre; el menor atentado á su persona era severamente castigado; cortar la cabellera de una joven, apretar la mano ó el dedo de una mujer de condición libre, eran otros tantos delitos.

Sin embargo, hay un elemento en la institución de caballería que no se explica por las costumbres germánicas: es la parte moral, lo humano de la institución. La misión del caballero era hacer justicia y defender la santa Iglesia (1). Ese ideal no podía venir de los guerreros de la Germania, era una inspiración religiosa. No diremos, con Fauriel, que la institución, en su origen y en su forma más antigua, era una tentativa del clero "para transformar la fuerza brutal del feudalismo en fuerza disciplinada á favor de la Iglesia y de la sociedad," (2); nosotros creemos que la institución, esencialmente guerrera, tiene su principio en las costumbres germánicas. Hay de esto una prueba que nos parece decisiva, y es la de que en los más antiguos poemas de caballería, las *Canciones de Gestas ó de las proezas*, las ceremonias de la investidura no ofrecen ningún pensamiento religioso; la única virtud que se le recomienda al futuro caballero es el valor. Carlo-Magno, armando caballero á su hijo, le dice:

«Caballero seas, dijo el padre al hijo hermoso,
y con los enemigos valeroso» (3).

Pero la Iglesia estaba llamada á transformar las costumbres de los Germanos y á humanizarlos, y se apoderó de la institución para inspirarle virtudes cristianas y hacer de ella un apoyo de la religión, del orden y de la justicia. La influencia del cristianismo sobre la caballería no se podría negar; se descubre en el ceremonial que acompaña á la recepción del caballero. Entre los antiguos Germa-

nyas populares del Norte. El rey Haroldo estaba enamorado de Gida, hija de un oscuro señor; aquél la ofrece su mano, y la joven rehúsa la corona hasta tanto que Haroldo haya sometido la Noruega.—El rey Reniero aborda á una isla con su escuadra, encuentra en la costa una jovencilla que apacentaba cabras; le pareció á Reniero tan hermosa, que la quiso llevar á su corte; pero la pastorcilla le respondió: «Id á terminar la conquista de vuestro reino, y entonces consentiré en seguir á la corte, pero será como esposa vuestra» (MALLEY, *Hist. de la Dinamarca*, tomo II, poesías populares).

(1) *Orden de Caballería*, vers. 430 y siguientes.

(2) FAURIEL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. I, p. 482.

(3) OGIER DE DINAMARCA, t. II, p. 196, vers. 7915.—WIDUKIND DE SAJONIA, t. I, p. 137-139.

nos, el joven guerrero recibía sus primeras armas en la asamblea de su ranchería; en el siglo XI, las recibía en la iglesia. Detengámonos en las solemnidades que allí se observaban, y éstas nos darán una idea de las tendencias morales de la institución.

La *Orden de Caballería*, poema del siglo XIII (1), representa á un caballero francés, prisionero de Saladino, que explica á su vencedor las reglas de la caballería. Hugo de Tabarie comienza por resistir al deseo del rey sarraceno, fundándose en que la santa orden no podía ser conferida á un infiel; pero el sultán insiste, y el cautivo se ve obligado á obedecer á las instancias de su dueño. Por de pronto, le hace lavar la cara, afeitarse, cortarse el cabello y después manda que se le prepare un baño; interrogado por Saladino, Hugo le explica la significación de aquellos preliminares, que son un símbolo del bautismo; el niño, concebido en pecado, sale de las fuentes del bautismo puro de toda mancha innata, así como el caballero debe salir del baño.

...sin ninguna villanía
Y lleno de cortesía,
Bañarse en honestidad,
En cortesía y bondad.

Hugo hace en seguida colocar á Saladino sobre un lecho, emblema del paraíso que Dios concede á aquellos que lo han merecido por sus acciones caballerescas. La túnica blanca que viste el sultán le da á entender que el caballero debe conservar su cuerpo puro y limpio, si quiere llegar hasta Dios; el manto escarlata que le pone encima le recordará que un caballero debe estar siempre dispuesto á verter su sangre por

Servir y honrar á Dios
Y defender su santa Iglesia.

Hugo hace calzar á Saladino unas botas negras, para que tenga siempre en memoria la muerte y la tierra de donde ha venido y adonde volverá; esos pensamientos le preservarán del orgullo,

Que nunca debe reír
En el que es buen caballero,
Sencillo siempre y sincero.

Aquí dejamos un instante al buen caballero Hugo; las ceremonias que van á seguir no podían celebrarse en país sarraceno. El futuro caballero,

(1) MÉON, *Romances*, t. I.

así purificado y vestido, debía observar un ayuno riguroso durante veinticuatro horas; al anochecer entraba en la iglesia, y allí pasaba la noche en oración, algunas veces con un sacerdote y padrinos, que oraban con él. Al día siguiente, después de haberse confesado y recibido la comunión, asistía á la misa del Espíritu Santo y á un sermón acerca de los deberes del caballero y de la nueva vida en que iba á entrar. Entonces se acercaba al altar y depositaba en él su espada; el sacerdote la bendecía, demostrando con esto que debía servirse de ella en favor de la religión, de los débiles y de los oprimidos. Después, el joven guerrero iba á arrodillarse ante el señor que debía armarle caballero. «¿Con qué fin, le preguntaba aquél, deseas entrar en la orden? Si es con el de ser rico y ensalzado y adquirir gloria, eres indigno.» El futuro caballero prometía bajo juramento cumplir bien sus deberes, y entonces se le ponían las espuelas, la cota de malla, la coraza, los braceletes y guanteletes, y, por fin, se le ceñía la espada. «Todo esto tiene su significación, dice Hugo de Tabarie. Las espuelas, con las cuales el caballero hará que su caballo le obedezca, son la figura de los arranques interiores del alma que le excitarán á amar á Dios profundamente y á defender su ley con valor; la espada es de dos filos, á fin de que el caballero pueda defenderse contra el que sea más rico y más poderoso que él, y, de otra parte, sostener al débil y al oprimido.» Cuando el joven estaba armado, el señor le daba el espaldarazo, es decir, tres golpes de plano con su espada sobre la espalda ó sobre la nuca, algunas veces un bofetón en la mejilla, diciendo: «En el nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorge, yo te hago caballero.» La Gran Crónica de Flándes, al referir el ceremonial que se observó para armar caballero á Guillermo, conde de Holanda, electo rey de los Romanos, nos da á conocer la significación del *espaldarazo* ó del bofetón. El cardenal que armó al futuro emperador le dijo: «Acuérdate que el Salvador del mundo recibió un bofetón y que se burlaron de él en presencia del pontífice Anás, y que fué azotado y coronado de espinas en el pretorio de Pilatos... Yo te exhorto á que pienses frecuentemente en todos esos oprobios, á que lleves animosamente la cruz de Jesucristo y á que vengues la muerte del Salvador.» (1).

(1) *Gran Crónica de Flándes*, a. 1247.—Compárese sobre el ceremonial á DUCANGE, en la palabra *Milice*;—MÉNESTRIER.

La Iglesia quería hacer de la caballería una especie de orden religiosa (1). Hay que leer en el *Pontifical romano* las oraciones que acompañan á la ordenación del caballero; referirémos la oración que sigue á la bendición de la espada, y que marca bien la influencia de la religión en la caballería y el papel que se le señalaba: "Señor, Padre Omnipotente y Eterno, que por vuestra sabia disposición habeis permitido á los hombres en la tierra el uso de la espada para reprimir la malicia de los malvados y para defender la justicia, y habeis querido que se estableciese una orden militar para la protección de vuestro pueblo, á vuestra clemencia rogamos deis á este vuestro servidor, que abraza hoy el estado de caballero, las fuerzas y el valor necesarios para defender la fe y la justicia; que le deis un acrecentamiento de fe, de esperanza y de caridad. Dadle también, Señor, vuestro temor y vuestro amor, la humildad, la obediencia y la resignación. Dirigid en todo su conducta tan rectamente, que nunca se sirva de esta espada ni de otra alguna para dañar á nadie, sino que use siempre de ella en favor de la equidad y de la justicia. Que así como pasa hoy del estado de la condición de escudero á la de caballero, se desnude del hombre viejo con todos sus hábitos para vestirse del nuevo; que os tema y que os honre; que no mantenga ya relaciones con los perversos; que ejerza la caridad para con su prójimo; que obedezca en todo á su superior, y que llene cumplidamente su deber en todas las cosas," (2).

La sociedad se veía en manos del vandalismo, porque el genio de la raza germánica rehusaba plegarse bajo las leyes sociales. Para establecer el orden y la justicia, se necesitaba humanizar el valor feroz de los Bárbaros; se necesitaba mostrarles, como objeto de la actividad guerrera, la defensa de la religión, el sosten de la justicia y la protección de los débiles y de los oprimidos, en lugar del pillaje, de la destrucción y de la vanagloria. Tal fué el objeto ideal que la Iglesia dió á la institución de la caballería; por eso dirige sus oraciones á Dios,

Hist. de la antigua caballería, c. IX, en LEBER, Colección de disertaciones sobre la hist. de Francia, t. XII;—GUIZOT, lec. XXXVI.

(1) HELINAND, monje de Froimond en el siglo XIII, después de haber dicho que los caballeros se consagran al servicio de la Iglesia, añade que sus deberes no difieren mucho de los de los religiosos (TISSEER, *Bibliotheca patrum cisterciensium*, tomo VII, página 292).—Compárese SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 70 y 119.

(2) MENESTRIER, de la Caballería, p. 220.

á fin de que inspire humildad á aquellos hombres que adolecían de un excesivo orgullo, y de que la personalidad que predominaba en ellos hiciera lugar á la abnegación, al desinterés y al sacrificio. Nada más bello que los consejos de humildad cristiana que los romances de caballería ponen en boca de los caballeros. Oigamos al rey Perceforest: "Se me acuerda de una palabra que un ermitaño me dijo un día para castigarme; porque me dijo que si yo tuviese tantas tierras como tuvo el rey Alejandro, y tanto saber como tuvo el rey Salomón, y tanta bravura como tuvo el valeroso Héctor de Troya, sólo el orgullo, si reinara en mí, lo destruiría todo," (1). El autor de *Jouvenel* traza el ideal del caballero de este modo: "Procedía en todo bajo la mano de Dios y en su nombre al ocuparse en hechos notables, sin decantarlos y sin alabarse á sí propio, porque la alabanza se considera vituperio en boca de aquel que se alaba, así como realza á aquel que no se atribuye mérito y se lo da á Dios. Si el escudero se vanagloria de lo que ha hecho, no es digno de ser caballero, porque la vanagloria es un vicio que destruye y anula los méritos y los galardones ó beneficios de la caballería," (2).

§ IV.—Influencia de la caballería.

La caballería, ¿no es más que una ficción de los poetas y de los romanceros? Apenas cabe el hacer esta pregunta después de lo que hemos visto relativamente á las ceremonias y oraciones con que la Iglesia consagraba la institución. La poesía embellece lo que existe, pero no crea un mundo completamente imaginario; los poetas han idealizado los caballeros, no los han inventado. El origen de la caballería se explica por la historia. Los elementos existían en las costumbres germánicas y en el cristianismo, y se desarrollaron en el siglo XI, bajo la influencia del feudalismo y de la Iglesia. El régimen feudal es el que dió alas al espíritu individualista de los Germanos, ó, mejor dicho, el régimen feudal es el producto del espíritu germánico. Pero al mismo tiempo que la personalidad, dominaba la fuerza; y entonces es cuando,

(1) SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 133.

(2) SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, t. I, p. 137.— Véase á JUBINAL, *Romances*, I, 333. *El bachiller de armas*: «Otra vez debe decir que no busca la vanagloria,» etc.

bajo la inspiración del clero, surge la idea de proteger á los débiles y de defender á la Iglesia y á la sociedad, igualmente amenazadas. La Iglesia adquiere en el siglo XI nueva autoridad, arrojando de su seno los vicios de la sociedad civil y concentrando su poder en el papado; teniendo por necesidad que luchar con el feudalismo, ensaya primeramente el establecimiento del orden y la paz por medio de la Tregua de Dios; después busca auxiliares en el seno mismo de la aristocracia guerrera, y se apodera de la caballería, y la rodea de formas religiosas, y la da una misión moral. El primer juramento que presta el caballero es "temer, reverenciar y servir á Dios, combatir por la fe con todas sus fuerzas y arrostrar mil muertes antes que renunciar al cristianismo," (1). La sociedad está entregada al imperio de la violencia... ¡Ay de aquel que no sea capaz de sostener su derecho! La Iglesia impone al caballero la obligación de proteger á los débiles, á las viudas, á los huérfanos y "á las doncellas en buena lid;" también le impone la obligación de no usurpar jamás el bien ajeno; antes bien, combatir contra los usurpadores (2).

¿Tuvieron éxito los esfuerzos de la Iglesia? Pedir un éxito completo sería pedir un imposible; se trataba nada menos que de la educación moral de una sociedad bárbara, y la civilización no es obra de un día. Pero nadie negará que los caballeros llenaron su misión de defensores de la fe, puesto que dejaron bienes, honores, familia y patria, para ir á verter su sangre en una lucha á muerte contra los infieles. Algo más difícil es comprobar la intervención de los caballeros en la reforma de las costumbres sociales; porque, como los hechos de esa naturaleza se confunden con la vida privada, los cronistas los dejaron á un lado, y solamente en los poetas es donde se hallan algunos vestigios de la influencia de los caballeros en aquel sentido. La *Orden de Caballería* los representa como los hombres justicieros de los tiempos feudales: "Sin ellos, dice el poeta, no habría orden ni seguridad, y los malhechores vendrían á robar los

(1) GUIZOT, lec. XXXVI.—DE LA COLOMBIÈRE, el *Federado teatro de honor y caballería*, t. I, p. 22.—El libro de la *Orden de la Caballería* dice: «Oficio de caballería es mantener la fe católica.» DE SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*, tomo I, página 138, nota 34.

(2) *Orden de Caballería*: «Oficio de caballero es defender mujeres, viudas y huérfanos, hombre débiles y oprimidos» (SAINTE PALAYE, *Memorias sobre la Caballería*).

cállices hasta de los mismos altares," (1). No todos los caballeros merecían ese elogio; pero tampoco es cierto que la poesía lo haya inventado todo. El venerable Pedro, abad de Cluni, hace una triste descripción de las guerras y latrocinios que en el siglo XII desolaban los países situados entre el Saona y el Loire. Los condes se conducían, dice, como si Dios les hubiese instituido, no para defender el pueblo, sino para devorarlo. Entonces llegó de la Palestina un caballero del Temple, casado antes de haber hecho sus votos; recobró á su mujer y se estableció en la provincia leonesa; y los latrocinios cesaron, reapareció la paz, fué devuelta la seguridad á los comerciantes y á los labradores, la Iglesia y los pobres respiraron (2).

La protección á las mujeres, tan celebrada por la poesía, tampoco fué pura invención. Digase lo que se quiera de los buenos tiempos antiguos, el matrimonio, en la Edad Media, era un mercado mucho más que lo es hoy; la mujer se veía frecuentemente sacrificada á intereses políticos; todo poseedor de feudos era un soberano, y ya se sabe cómo se hacen los matrimonios entre príncipes. Los caballeros más ilustres acometían las aventuras más peligrosas para salvar á las víctimas de la tiranía familiar. Nos queda una carta de un trovador al célebre marqués de Monferrato, en la cual cantó el poeta una proeza de aquel género: su héroe había librado á una mujer oprimida por un pariente, que quería casarla contra su gusto (3). En un tiempo en que la caballería estaba ya en decadencia, se distinguió aún por la protección á los débiles; *Bucicato* formó una orden con el nombre de *la Blanca Dama del escudo verde*, con el objeto de hacer restituir á las nobles damas los bienes de que habían sido despojadas por injustos expoliadores durante las guerras que habían desolado la Francia (4). Todos, hasta los caballeros andantes, tuvieron una existencia histórica antes de que se inmortalizase el escritor de genio que los entregó al ridículo y á la burla. Llamábanse de

(1) *La Orden de Caballería*, vers. 437 y sig. (BARBAZAN, *Romances*, t. I, p. 76): «Porque si no fuera la Caballería,—bien poco valdría la Señoría,—aquella defiende la santa Iglesia—y nos hace justicia—de los que nos quieren hacer mal...—Los cállices se robarían—ante nuestros ojos del altar,—y nada estaría seguro:—pero su justicia provee—y nos defiende de atropellos:—si á los malos no exterminasen,—no podrían ya vivir los buenos.»

(2) *Epist.* VI, 26 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 954).

(3) FAUREL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. I, p. 487-492, refiere muchos rasgos de ese género.

(4) *Hist. de Boucicaut*, c. XXXIX.